

LA ERA DEL AGUANTE

GENESIS, MUTACIÓN Y OCASO DE LAS FORMAS DE LA VIOLENCIA EN EL FÚTBOL ARGENTINO, 1980-2020

JOSÉ GARRIGA ZUCAL
UNIVERSIDAD NACIONAL DE SAN MARTÍN

**THE AGE OF AGUANTE. GENESIS, MUTATION AND DECLINE OF THE
FORMS OF VIOLENCE IN ARGENTINE SOCCER, 1980-2020**

PALABRAS CLAVES: legitimidad | violencia | fútbol
KEYWORDS: legitimacy | violence | football

RECIBIDO: 18/1/22
ACEPTADO: 10/3/22

Resumen

Este artículo analiza el fenómeno de las violencias en el fútbol en la Argentina en el período 1980-2020, estudiando la conformación de un entramado de legitimidades que denomino: la era del aguante. Nos interesa estudiar las particularidades de estas legitimidades, en especial el lugar que ocupa en esta construcción las barras bravas. Luego analizaremos las modificaciones que acontecieron en los últimos años y mutaron los criterios de legitimidad de las violencias. Para finalizar, reflexionando sobre el devenir de nuevas modalidades violentas en el fútbol.

Abstract

This article analyzes the phenomenon of violence in soccer in Argentina in the period 1980-2020, studying the formation of a network of legitimacies that I call: the age of aguante. We are interested in studying the particularities of these legitimacies, especially the place that the hooligans occupy in this construction. Then we will analyze the changes that have occurred in recent years and have mutated the criteria for the legitimacy of violence. Finally, reflecting on the future of new violent modalities in football.

Introducción

Las barras bravas¹ desde el comienzo de la década de los años 80 a la actualidad se convirtieron en actor protagónico del escenario violento en el fútbol de la Argentina. La violencia no es nueva, pero a partir de entonces sus formas se consolidaron y ganaron legitimidad. Y se instaló lo que llamaremos la *era del aguante*, la era de las violencias.

La *era del aguante* comprende en su definición la legitimidad de la violencia. En esto las barras cumplen una función protagónica: son la causa y el efecto de esta legitimidad. Su emergencia deviene del resultado de una modificación de las violencias legítimas y, luego, ellas mismas contribuyen a fortalecer esa modificación².

Dos tipos de violencia relacionadas entre sí pululan por el fútbol argentino: las simbólicas y las fácticas. Los insultos y las piñas. Las simbólicas de formas complejas y sutiles validan, muchas veces, las piñas, las patadas, las pedradas y las muertes.

El inventario de las muertes violentas, acrecentado con el correr de los años, sacude la historia del fútbol en la Argentina. Morir en una cancha, o en el marco de un partido de fútbol, es un hecho ni excepcional ni sorprendente. Las muertes que se enlazan con incidentes no letales se repiten con recurrencia insólita. Alguna de estas tragedias se naturaliza con el mayor cinismo y otras ni siquiera son registradas. Pero no solo para las barras la violencia es legítima. Las escenas recurrentes de maltrato policial, muchas veces repartiendo palazos

¹ Se denomina comunmente barras bravas a los grupos organizados de hinchas vinculados a episodios de violencia. En este trabajo las denominaremos barras y más adelante explicaremos sus características.

² El abordaje de las ciencias sociales sobre las violencias en el fútbol es vasto y riguroso. Cabe mencionar varias lecturas obligatorias de las cuales este trabajo es deudor. La lista que sigue es arbitraria e incompleta. Respecto al ámbito nacional resulta ineludible mencionar a Eduardo Archetti, (1992), Pablo Alabarces, (2004), Verónica Moreira, (2005); Gastón Gil, (2007). En cuanto al plano internacional cuenta con numerosos y valiosos aportes, citamos: Gary Amstrong (1999), Richard Gigulianotti (1999), Eric Dunning (1994).

desde sus caballos, transmiten un fiel ejemplo de estas formas consideradas “normales” a los ojos de muchos espectadores. Los cánticos en las tribunas—xenofóbicos, homofóbicos, agresivos y apologistas de delitos varios incluido el asesinato—son también una muestra de estas violencias simbólicas.

Y es comprobable con facilidad cómo las violencias asedian los estadios. Una tribuna entera se vanagloria de la muerte de un rival, un periodista deportivo insulta a un jugador, un dirigente amenaza a un árbitro, etcétera. La espiral de violencias suma muertes, pedradas, bastonazos policiales y se convierte así en una parte ineludible del paisaje futbolístico.

El punto de partida de este artículo se sostiene en dos certezas, que luego ampliaremos. La primera: siempre hubo violencia en el fútbol. Desde que hay fútbol hay violencias; el olvidar esta trágica historia lleva a varias confusiones. Una de ellas, acaso la principal, se encuentra en una argumentación falaz que concibe la violencia como un problema reciente vinculado a la descomposición social. Y de ahí se responsabiliza a las barras de la degradación de un espectáculo que antaño se presuponía puro e impoluto.

La segunda certeza: muchos de los actores del mundo del fútbol tienen prácticas violentas. Señalar solo a las barras y olvidar las otras formas de la violencia es un ejercicio recurrente que reduce la complejidad de esta problemática. La articulación de estas operaciones genera, lo que aquí llamaremos el: “pánico a la barra”.

Emanuel Ezequiel Balbo, joven de 22 años hincha de Belgrano, falleció el 17 de abril de 2017, dos días después de ser arrojado al vacío desde una tribuna del estadio Mario Alberto Kempes de la ciudad de Córdoba. El 15 de abril se había jugado el clásico entre Belgrano y Talleres a estadio lleno. Los hinchas visitantes estaban prohibidos. En el entretiempo del partido, Emanuel se encontró con Oscar “Sapito” Gómez el acusado del asesinato de su hermano Agustín Balbo en el año

2012. Lo increpó con dureza. El otro respondió con golpes mientras lo acusaban de infiltrado: de ser “una gallina”, un hincha de Talleres. En un derrotero cruento y frenético varios espectadores lo golpearon, otros lo empujaron y cientos celebraron su agonía y su muerte.

Lo primero que se hizo desde muchos medios de comunicación fue responsabilizar por el asesinato a las barras. Sin embargo, en este caso la barra no estaba implicada. Y esta acusación sin pruebas ilustra cómo se responsabiliza a los barras de manera recurrente de que ellos son los únicos responsables de las violencias en el fútbol. Y en consecuencia emerge el “pánico a la barra”. Es decir, inventar/crear un responsable de todos los males—un chivo expiatorio—que opaque las otras formas de violencia. El “pánico a la barra” simplifica un fenómeno más complejo y reduce también las políticas de prevención de la violencia.

Por ello, hablamos de violencias en el fútbol: en plural. Así no reducimos la multiplicidad de formas de la violencia que suceden en los estadios. Desde las canciones xenófobas a los asesinatos policiales, pasando por los escupitajos de las plateistas y la verborragia lasciva de los periodistas: las violencias tienen mil caras.

La enumeración de las muertes en el fútbol ejemplifica estas dos certezas. En la historia del fútbol argentino han muerto 334 personas³. Esa lista no se inicia con el advenimiento de las barras ni se justifica sólo con sus prácticas. Para la década de los 70 la lista de muertes ya era abultada. Precisamente, a partir de 1958, estos grupos violentos organizados dentro de las hinchadas de fútbol fueron identificados por la sociedad y por la prensa como “barras” después de la muerte Alberto Mario Linker, un espectador del partido jugado entre Vélez Sarsfield y River Plate. Linker fallece por un disparo de una pistola lanzagases en el medio de la represión policial en el marco de la pelea entre grupos

³ Ante la inexistencia de datos oficiales recurrimos a los más que fidedignos propuestos por la ONG Salvemos al fútbol.

organizados de espectadores, que a partir de este trágico episodio comenzaron a ser definidos como “barras”⁴.

Recordamos y repetimos que reducir las violencias a las barras implica un error analítico mayúsculo. Las barras son un actor central para interpretar el fenómeno en la Argentina, pero si reducimos el estudio a estos actores no podremos develar el entramado de legitimidades.

Este artículo es resultado de un largo derrotero analítico. Realicé dos trabajos de campo con barras, el primero con simpatizantes del Club Colegiales y el segundo entre los miembros de la barra del Club Huracán. En 1999 inicié una investigación entre los barras del Club Colegiales, del que soy simpatizante desde muy joven. Ya en mi tesis de licenciatura en antropología estudié las formas violentas de los barras y su vínculo con la masculinidad. Conocía a muchos de los miembros de la barra de “Cole”, éramos vecinos, compartíamos la pasión por el mismo club y frecuentes salidas nocturnas: no fue difícil ingresar en ese mundo para comprenderlo.

El trabajo de campo con los miembros de la barra de Huracán comenzó en febrero de 2004 y finalizó en el 2008. El ingreso al grupo fue difícil y conflictivo porque cuando decidí hacer mi investigación con Huracán, en diciembre del 2003, no conocía a nadie del club ni siquiera sabía dónde quedaba su estadio. Entonces, armé una lista de conocidos que eventualmente me vincularan al club y a su barra. Rápidamente, exploré esos contactos y establecí una red con simpatizantes, periodistas, dirigentes, políticos, entre otros actores sociales, que me fueron acercando a la barra y me permitieron una comprensión del fenómeno de las violencias y de las lógicas de la misma.

Sumado al trabajo de campo con barras, participé en dos oportunidades—en el 2001 y en el 2003—en los organismos que

⁴ Ver Amílcar Romero (1994).

planificaban políticas públicas para la prevención de la violencia en el fútbol. Además de esto, una larga trayectoria académica de más de veinte años que comprende: libros, artículos, conferencias y dirección de tesis vinculada al tema de las barras y sus violencias.

Las violencias y el aguante

El concepto “violencia”, de manera recurrente, aparece analizado desde la denuncia o la indignación moral. Ante esta situación, proponemos un punto de partida diferente: una aproximación que, esquivando prejuicios y posiciones que enturbian el conocimiento, comprenda las lógicas que organizan algunas acciones violentas. Sostenemos que este término reclama un abordaje que desenrede lo que parece ilógico, que esclarezca su carácter polisémico y ambiguo. Para ello, se imponen una serie de pasos⁵:

- **Primer Paso.** Despojarnos de cualquier definición universal de Violencia. Entendemos que cada grupo define y valora cuáles son las conductas violentas y cuándo es correcto ejercerlas. Así, lo que se determina como violencia es el resultado de una matriz de relaciones contextualmente determinadas (Álvarez, 2004; Isla y Míguez, 2003).
- **Segundo Paso.** Comprender que toda definición de violencia es el resultado de una disputa por los sentidos y los significados de las prácticas (Riches, 1988). Hay una disputa por la definición de qué es violento y qué no lo es que muestra la mutación, el dinamismo de fronteras que se modifican según el tiempo y los espacios.

⁵ La enunciación de estos pasos es el resultado de una vasta discusión académica sobre la violencia. Puede leerse para ampliar: David Riches (1988), Santiago Álvarez (2004), Alejandro Isla y Daniel Míguez (2003), José Garriga Zucal con Gabriel Noel (2010), Rita Segato (2003) y Theophilos Rifiotis (1997).

- **Tercer Paso.** La definición de algo como violento muestra cómo su clasificación está atravesada por estrategias diferentes donde los más poderosos tienen más y mejores herramientas para delimitar sus categorías. En consecuencia, es ineludible dar cuenta de quiénes, cómo y cuándo definen ciertas prácticas como violentas (Garriga y Noel, 2010).
- **Cuarto Paso.** La imputación de violenta para una conducta dependerá siempre de criterios morales. En nuestra sociedad nadie desea ser catalogado como violento. Se sabe que la definición de algo o alguien como violento actúa como forma de impugnación y de estigmatización que recae siempre sobre ajenos y distantes. Los violentos son los otros, los diferentes a nosotros.
- **Quinto paso.** Hablar de violencia conlleva la reflexión sobre la legitimidad o, mejor aún, sobre las legitimidades. Lo que se define como violento es lo ilegítimo. Lo socialmente despreciable. El desafío dispone rastrear las legitimidades de las acciones violentas.
- **Sexto Paso.** Pensar en plural. Es decir, reflexionar sobre las violencias y no sobre la violencia. El singular supone acuerdos y homogeneidades inexistentes. Y como en nuestra sociedad existen diferentes legitimidades debemos hablar de violencias y no de violencia.

El cumplimiento de los seis pasos detallados nos permite iniciar la reflexión crítica sobre las violencias en el fútbol. Los barras definen a sus prácticas como combates o peleas y, entonces, nunca mencionan que participaron de "hechos violentos". Violencia no es un término que ellos utilizan para referirse a sus prácticas. No se reconocen como "actores violentos", sino que se afirman como sujetos con aguante. Por ahora, la

noción de aguante posibilita mostrar las operaciones de denominación grupales que rehúyen los sentidos comunes. Los barras—ávidos por escapar al estigma violento—emplean estrategias diferentes para eludir la marca negativa de su caracterización como tales por el resto de la sociedad. Existen instituciones y agentes sociales—las elites, los medios de comunicación, el Estado—que tienen más poder en la definición de qué es violencia y qué no. Sin embargo, advertimos que el poder de definición de una acción como violenta no hace que sus practicantes las conciban como tal. Por estas razones, las barras hacen de algunas prácticas violentas signos legítimos del accionar grupal.

La legitimidad se vuelve un nodo central para analizar las violencias (Riches, 1988). No olvidemos que lo que es legítimo para una mayoría—o, dicho de manera más precisa, para los sentidos hegemónicos en un colectivo social—no lo es para otros actores. Más aún, en gran número de ocasiones se trata no tanto de una tensión entre lo legítimo y lo ilegítimo sino más bien de una serie de tensiones entre legitimidades alternativas. Y para poder acercarnos a su comprensión debemos tomar distancia de la mirada que analiza la violencia desde lo legal. Para las barras sus prácticas son legítimas, aunque sepan que son ilegales. Es preciso, entonces, la indagación sobre la legitimidad de los actos y así visualizar qué se define como violencia y qué no, teniendo en cuenta que, muchas veces, lo legítimo y lo legal no son coincidentes.

La legitimidad de la violencia supone reconstruir, armar, sus lógicas. Y, así, anclar las prácticas en valores grupalmente contruidos para derrumbar cualquier idea de sinsentido. Las acciones violentas no son ejemplo de la irracionalidad. Por el contrario, son prácticas legítimas con lógicas socialmente contruidas. Se derriba, así, la tesis de irracionalidad.

Estas lógicas diferentes a veces radicalmente distintas a otros modos de concebir la vida social en nuestro país y, otras veces no tan lejanas, resultado de variadas relaciones no se reducen a los finitos límites de

cada grupo. Interacciones, vínculos y cadenas de sentidos que los barras comparten con vecinos, amigos, familiares, no amigos y no vecinos. Los discursos de la indignación por y para la violencia invisibilizan estos lazos, estos vínculos que legitiman las prácticas.

Cada grupo social define y valora cuáles prácticas pueden ser definidas como violentas. Advertimos también que la definición es cambiante, dinámica temporalmente. Lo que nuestros abuelos comprendían como violencia difiere a lo que nosotros pensamos hoy. Y después señalamos el cambio dinámico tanto en el tiempo como en el espacio. Así encontramos que en cada sociedad se define como violencia a prácticas diferentes. No hay acuerdos universales para la definición de la violencia. Ni siquiera para el asesinato. Tanto la pena de muerte como linchamientos en algunos lugares gozan de legalidad y legitimidad. En el fútbol los cánticos discriminatorios ejemplifican de manera notable la definición contextual de la violencia: de manera reciente en la Argentina fueron interpretados negativamente pero aún no en otros lugares del mundo.

Aún aumenta la complejidad del mundo de las violencias de nuestra sociedad al tener cuenta las múltiples pertenencias de los actores sociales. Así, una misma persona queda inserta en una trama relacional que impugne prácticas que él considere violentas y, al mismo tiempo, participa de acciones que otros consideran como violentas. La violencia no es una particularidad natural ni esencial de ningún grupo social. Desde esta perspectiva, evitamos un error recurrente: transformar o estigmatizar a los que cometen acciones violentas, de una vez y para siempre, como "violentos".

Además, las acciones violentas de los barras deben ser comprendidas en su dimensión relacional. Las peleas entre barras superan la lógica víctima-victimario. La noción relacional de la violencia rompe con las ideas de pasividad de las víctimas, sin cargar responsabilidades sobre los receptores. El esquema víctima-victimario supone acción de un lado

y total pasividad del otro. De este modo se invisibiliza la interacción dentro de estas relaciones sociales. Además, la noción relacional de la violencia nos enfrenta a las acciones definidas como violentas por terceros, pero no por víctimas y victimarios. De esta manera, la interpretación más recurrente respecto a la violencia que estipula roles estancos como víctimas y victimarios queda devastada.

Sostenemos, entonces, que las prácticas violentas, entendidas como herramientas sociales son utilizadas según los respectivos contextos de actuación. Teniendo esto en cuenta afirmamos que la violencia puede *usarse* de tres formas diferentes.

Esta trilogía es central para reflexionar sobre cómo usan las violencias en el mundo del fútbol.

1. La violencia puede operar como forma de agregación o de agrupamiento, es decir, ser la clave de pertenencia o mecanismos positivos de distinción;
2. La violencia se usa como signo negativo del accionar de otro. En este caso, se lo define, se lo señala y se lo estigmatiza;
3. La violencia puede usarse en la búsqueda del placer, vinculada al goce y al entretenimiento.

Las barras usan la violencia en la primera y en la última de estas tres modalidades. El resto del mundo del fútbol usa las violencias de las barras en la segunda acepción.

Esto último se puede observar con frecuencia en las interpretaciones respecto a la violencia en fútbol, donde se activa la operación "pánico a la barra". Nuestra perspectiva de estudio respecto a las barras tendrá siempre en cuenta que el fenómeno violento en el fútbol argentino engloba a muchos más actores y posee muchas facetas. El responsabilizar a la barra de todos los males invisibiliza otras violencias, opaca las muertes policiales, las pedradas desde lujosas plateas y los cantos xenófobos y machistas que pueblan las tribunas. De esta manera

este fenómeno complejo se transforma por medio de la operación señalada en el alocado accionar de unos pocos.

Recordemos que, también, el uso de la violencia está asociado al placer, al entretenimiento, al goce. Pelearse, golpear, es parte de un divertimento. Se trata de un placer, oculto y ocultado, localizado en el uso de la violencia. Un placer innombrable porque la violencia fue expulsada de las relaciones sociales “normales”. Así que cuando el placer es nombrado, es decir cuando se usa la violencia, lo que desaparece es la noción de violencia. El boxeo o las artes marciales mixtas son posibles ejemplos que desnudan cómo hay actividades físicas que terceros denominan como violentas y para otros son fuente de goce.

Respecto al primero de los usos de las violencias, las interpretaremos como un medio, un instrumento cabe decir que las acciones que algunos definen como violentas son una herramienta válida—en un contexto determinado de relaciones sociales—para alcanzar ciertos fines. Ya sea de acceso a bienes materiales o/y valores simbólicos (Segato, 2003). Respecto al tercer uso la interpretaremos como un fin en sí mismo: una búsqueda del placer, del goce y del entretenimiento.

Los usos no están separados, están imbricados. La violencia entendida como recurso usual y legítimo aparece incorporada a la normalidad y aceptada como una herramienta válida. ¿Válida para qué? Para comunicar una concepción del mundo, exhibir valores y sentidos. Para marcar límites y crear diferencias. Para divertirse y para gozar. La violencia para las barras es un *recurso*: sirve para ganar prestigio, para acceder a bienes materiales y como forma de entretenimiento.

Derivado de lo anterior, mencionamos tres cuestiones ineludibles.

Primero, la violencia es un *recurso* en tanto herramienta social, utilizado según los contextos de actuación; entre ellos las lógicas de la acción del aguante.

Segundo, la violencia es un *recurso* entre tantos otros. Los miembros de la barra tienen diferentes recursos sociales empleados en sus interacciones. La distribución desigual de esos recursos permite que algunos de los barras tengan más herramientas para desenvolverse en la sociedad, *usando* la violencia menos que sus compañeros.

Tercero, el *recurso* de la violencia es válido en un entramado de relaciones sociales que otorga sentidos que no pueden conseguir los barras solos. La legitimidad de la violencia en la *era del aguante* es una construcción que supera ampliamente los límites de las barras.

La era del aguante

Repetimos una vez más que se registra violencia desde el inicio del fútbol. El primer homicidio en un estadio argentino sucedió el 21 de octubre de 1922 en la cancha de Tiro Federal, en la ciudad de Rosario. Francisco Campá, profesor de Newell's y Enrique Battcock, obrero y ex jugador de Tiro Federal, intercambiaron golpes en el entretiempo. Minutos después, el primero descargó un balazo letal sobre el segundo. Este dato echa por tierra dos mitos del sentido común futbolero. El primero, sostiene que la violencia es monopolio de las barras. El segundo, que la violencia antaño no existía. La síntesis mitológica se resume en la frase tan escuchada como naturalizada: "la violencia en el fútbol esta originada en los negocios de las barras bravas". Como punto de partida para un análisis integral decidimos historizar ese cliché generalizado.

Las llamadas barras emergen en la década de los 60. El término empezó a circular después del asesinato de Linker pero ganó relevancia en abril de 1967 tras la muerte de Héctor Souto, asesinado el 9 de abril de 1967, brutalmente golpeado por simpatizantes de Huracán. Souto un joven de 15 años, hincha de Racing con una sombrilla de los colores de este club había ingresado a la tribuna de Huracán. En ese tiempo las

tribunas no estaban separadas, lo que permitía a los simpatizantes de un club acceder a las tribunas de sus rivales. Ese día, los de Racing habían robado una bandera a los huracanenses quienes desencajados restituyeron su honor moliendo a golpes a los visitantes que pasaran a la tribuna donde se encontraba el grueso de su parcialidad. Souto fue uno de estos. Para ese entonces, las peleas, los insultos, los aprietes, las invasiones de campo y, hasta los homicidios, ya formaban parte del paisaje cotidiano del fútbol argentino.

Sin embargo, el mayor voltaje de la violencia será a partir de la década del 70. Su salto cuantitativo y cualitativo llegará con la reapertura democrática de 1983. La *era del aguante* es la era de la violencia que inicia su trágica centralidad en los años de la década de 1980, cuando se registra un aumento exponencial de víctimas fatales.

¿Qué es, entonces, la era del aguante? Propongo bajo este nombre reconocer a la etapa caracterizada por los enfrentamientos entre los hinchas—sean barras o no—de diferentes equipos y/o contra la policía. Estos enfrentamientos ocurren en los estadios o alrededores durante los días de partido. El aguante y las barras surgen juntos y se retroalimentan. Si bien las violencias de las etapas anteriores fueron igualmente sangrientas, a la vez se mostraron menos sistemáticas y menos legítimas.

La *era del aguante* es la era de la violencias visibles y legítimas; visibilidad que transforma a la violencia en el fútbol en un problema público. En la *era del aguante* los políticos, los medios de comunicación y los espectadores hablan de la violencia (Murzi, 2019); las barras se convierten en un tema de debate y se forja el “pánico a la barra”. Que cabe repetirlo: reduce el problema e inicia el funesto camino de la intervención en el lenguaje del “combate” y la “lucha” contras “los violentos”. Así la prevención y la deslegitimación de las violencias quedan relegadas para erradicar el “cáncer”—como fueron las barras llamadas innumerables veces—que empaña la fiesta del fútbol.

En el transcurso de la *era del aguante*, desde su inicio a mediados de la década de 1980 y hasta la actualidad, las acciones violentas se incrementaron y se legitimaron a través de la configuración de un entramado material y simbólico propio del campo del fútbol. Las barras fueron y son una pieza de esa maquinaria. Sólo una pieza.

Las barras

La barra es un grupo organizado de espectadores. Tres son las características que los definen: su vinculación a la fiesta, a los negocios y a las prácticas violentas. En nuestro país todos los clubes de fútbol masculino y profesional tienen su barra. El número de los integrantes de la barra varía según la magnitud del club: en los más chicos puede ser un puñado de veinte hinchas y en los más grandes, cientos. Sin embargo, todos los clubes, grandes o chicos, tienen una barra. Cada una de ellas se identifica por su nombre. Los nombres de las barras de los clubes grandes—La 12, Los Borrachos, la Guarda imperial, etc.—son reconocidos en el mundo del fútbol internacional. Este fenómeno de identificación no es sólo porteño, sino también se repite en las barras del interior del país. El nombre conforma la pertenencia. Cada barra exhibe, en espacios centrales de las tribunas, enormes banderas con su nombre. La centralidad señala el poder del grupo.

La barra tiene una estructura jerárquica piramidal: los líderes, que son sólo unos pocos, ocupan el lugar más alto; más abajo, las segundas líneas, y luego sigue, “la tropa”. Los jefes—“capos”—definen y planifican los viajes, el traslado de las banderas—llamadas “trapos”—la obtención de las entradas, el alquiler de micros, la compra de pirotecnia o globos, entre otras tareas. Su liderazgo se sustenta en la lucha, pero todos tienen en común una dosis de carisma que explica en buena parte la posición que ostentan. Además, son ellos los que se encargan de conseguir los recursos y de su distribución.

Los capos de las barras son personajes públicos; no solo en el mundo de sus clubs sino también en los territorios más allá del fútbol. Reconocidos y repudiados por los medios de comunicación. Los capos, muchas veces, caminan por las tribunas, se sacan fotos con espectadores, firman autógrafos: un baño de popularidad que los enorgullece y valida sus prácticas.

Los capos para la distribución de los recursos tienen una segunda línea de colaboradores encargados de algunas facetas del reparto. Los integrantes de este grupo muy reducido, según los líderes, son sus "piernas"—término que define la lealtad de los colaboradores. Estos barras, al igual que los capos, son reconocidos en sus barrios y forman una red de relaciones sociales, a través de su pertenencia. Recuerdo cómo me sorprendió la primera vez que caminé con uno de estos barras por el barrio donde vivía: muchos vecinos lo saludaban y muchos otros le pedían favores varios.

De acuerdo con esta estructura, después de las "piernas" sigue la "tropa". A diferencia de los capos y sus piernas la tropa tiene una relación menos comprometida con su grupo. Van y vienen de la barra según intereses cambiantes y vicisitudes propias de la juventud, las ilegalidades y sus trayectorias vitales.

Los miembros de la barra se encargan de la fiesta en los estadios. Ocupan el centro de las tribunas con sus banderas, sus saltos, cánticos, bombos y trompetas. El centro está asociado a la fiesta y a la pasión. Las barras cantan y alientan. Al convertirse en el actor rutilante del espectáculo futbolístico ganan en protagonismo. Existe un acuerdo tácito entre los muchos que disfrutan y sufren el mundo del fútbol en la Argentina: sin la barra el espectáculo sería aburrido. Muchos espectadores quieren que la barra de su equipo sea la que más aliente, la que más salte: la más festiva. La fiesta en las tribunas visibiliza y dimensiona la centralidad de las barras.

En su inicio las barras buscaron recursos para llevar a término la fiesta en las tribunas. Después se involucraron en un mundo de negocio informal e ilegal. Muchos de los negocios que suceden alrededor del fútbol y los intereses de la barra cambian según los clubes y los tiempos: desde la venta de ropa deportiva de la institución hasta la participación en el pase de los jugadores. El negocio del fútbol difiere según las barras y sólo en las más grandes llega a ser millonario. Pero todos los clubes de fútbol masculino y profesional en la Argentina tienen su barra y todas ellas se muestran ávidas de recursos materiales.

La barra no solo alienta y busca dinero sino también provoca y produce violencias. La barra es el único de los actores violentos del fútbol que se vanagloria de sus prácticas. Desean el reconocimiento como los responsables de los actos violentos en el mundo del fútbol. En la Argentina, las barras matan y se matan entre sí obstinadamente, pero a diferencia de los otros actores violentos quieren que estas prácticas los definan.

Los integrantes de las barras son, en su mayor parte, jóvenes de sexo masculino no mayores de treinta años. Este grupo de personas es muy heterogéneo respecto a la situación laboral. Los capos viven muchas veces "de lo que deja la barra"; algunos tienen empleos formales, algunos de ellos se dedican a actos delictivos y otros están desempleados. En general, su pertenencia social también es heterogénea: en el mismo grupo conviven sujetos de la clase media con integrantes de los sectores más bajos de la sociedad. Si bien es cierto que una gran parte—no afirmaríamos la mayoría—proviene de los sectores más excluidos, la variedad es una norma. Como ejemplo, los jefes de la barra de River Plate—denominada los Patovicas—pertenecían a la clase media porteña: educación en colegios privados bilingües, gestos, tonos de voz, cuidados corporales y estéticas propias de las clases medias.

Así, la barra se define por tres rasgos característicos: negocios, fiesta y violencia. Según los grupos y los tiempos estas tres particularidades

cambian su centralidad. Por ejemplo: la creencia errónea de que todas las barras cuentan con las particularidades que definen a las más grandes del fútbol argentino, donde los negocios tienen un protagonismo inusitado en comparación con los grupos más pequeños. Los recursos movidos por las barras grandes—Boca o River—son muy diferentes de los que tienen a su alcance los miembros de Talleres de Perico o Cambaceres. Sin embargo, todos se definen de la misma forma: aguantadores; los barras se la aguantan.

La barra está asociada al aguante (Alabarces, 2004; Moreira, 2005; Gil, 2007). En el mundo del fútbol encontramos distintas acepciones de la noción de aguante. Para los miembros de las barras, el aguante no pasa por alentar todo el partido ni por concurrir a los torneos del equipo sin importarles nada. Si bien estos valores son relevantes, no definen el aguante. Aguantar es pelearse. El aguante se vincula a las piñas, patadas y pedradas, a los gases lacrimógenos y otros efectos de la represión policial; con cuerpos luchando y resistiendo el dolor. Pelear, o bien, afrontar con valentía y coraje una lucha corporal es la prueba que otorga la posesión del aguante. Para ser parte de la barra hay que pelear: el aguante define la membresía. Los actores nunca entienden estos hechos como violentos, por el contrario, los consideran prácticas—recurrentemente llamadas “combates”—que se ajustan a los valores grupales. “Pararse” y “poner el pecho” son los términos que remiten a la acción de lucha, al enfrentamiento, y a la vez instituyen valores positivos definitorios de pertenencia. El aguante, así, organiza las jerarquías al interior de los grupos y a la vez es la medida de evaluación de los otros grupos.

El aguante y los prejuicios

Para no comulgar con los prejuicios asociados a los enfoques simplistas destacamos que el aguante es un recurso no privativo de los sectores populares.

Si bien es cierto que la barra está constituida principalmente por miembros de los sectores más relegados de la sociedad, también hay actores de los estratos medios. Ni todos los que participan de la barra son pobres y desempleados, ni todos aquellos “olvidados” por el sistema que visitan los estadios se suman a este grupo. De esta forma, evitamos aumentar la “sospecha” que siempre recae sobre las clases populares como las violentas, producto de su “natural” incivilización.

La violencia es un recurso de todos los estratos sociales. De manera general se relaciona el recurso del aguante con condiciones estructurales de la sociedad, como la pobreza, la marginación, la indigencia, la inestabilidad laboral, la precariedad, entre otras. Si bien acordamos que existe una relación entre las matrices culturales que sustentan la legitimidad y estas condiciones, sugerimos que esta relación es sumamente compleja. Recordamos que Kessler (2002) aborda la complejidad desde la interpretación de los fenómenos como multicausales. En sus análisis de la relación entre condiciones sociales más amplias y las nuevas formas de delito de los jóvenes, sostiene que no sólo tiene que ver con la crisis del trabajo, especialmente su inestabilidad y la desigualdad en la distribución del producto bruto, sino que la aparición de estas nuevas modalidades se conjugan con factores locales que producen el aumento de estos fenómenos.

Siguiendo esta línea argumentativa, abogamos por evitar en las miradas analíticas posturas simplificadoras de los fenómenos complejos y los efectos reales de las condiciones estructurales. En los intersticios de un Estado escuálido y debilitado, crisis ahondada por los graves problemas que aquejan al mundo del trabajo y a otras instituciones sociales, emerge la violencia como un *recurso* más válido que antaño. Riches afirma (1988) que la relación entre estructura social y violencia es de influencia y de oportunidad, la estructura social no fuerza la aparición de la violencia, sino que habilita su surgimiento.

La debilidad moral del Estado y la modificación de las relaciones sociales habilitaron la *era del aguante*. Sin embargo, consideramos central resaltar que condicionamiento no es determinación. No existe una cadena de causalidad para la interpretación del fenómeno violento, sino que existen eslabones que se enlazan situacionalmente. Si existiesen cadenas causales, cómo explicamos que no son los más pobres los únicos violentos o cómo explicamos las violencias de los plateístas. Si la violencia fuese una consecuencia, un resultado de las condiciones que condicionan la acción, cómo analizamos las situaciones donde los aguantadores no aguantan.

Desde la perspectiva de la multiplicidad del actor social los barras *usan* a la violencia como un *recurso*, entre otros. Debido a la multiplicidad de repertorios de los actores sociales no se encuentra una sola causa de sus formas de acción⁶. El aguante estipula formas de acción recurrentes en la diversidad, pero no aseguran las acciones de las barras porque previamente ya que la acción está múltiplemente condicionada.

Recordamos que la estructura social es una influencia no determinante. Por ejemplo, un barra me reveló que en algunas interacciones se ponía "el disfraz de barra". Cuando la situación lo ameritaba, relucía gestos, modismos, frases que lo ubicaban dentro de la comunidad aguantadora. Contaba en tono jocoso cómo de esa forma conseguía ropa de los jugadores o algún favor de los dirigentes. El recurso es contextual: depende del tipo de relaciones que establecen las personas. En cada contexto, explota y juega con roles. Los miembros de la barra, además de ser aguantadores, son padres, maridos, trabajadores, ladrones, entre otras funciones sociales. En cada una de esas dimensiones de la vida serán otros los recursos que guíen sus interacciones. Otro barra me contó, como contraejemplo de lo

⁶ Ver Bernard Lahire (2004).

expuesto, que para buscar a su hijo al jardín se ponía “el disfraz de padre”.

Esto ejemplifica la multiplicidad de roles y los recursos asociados a éstos. Pero también, y por sobre todas las cosas, ilustra los condicionamientos que tienen que ver con la trayectoria biográfica de cada individuo, que habilita distintos “disfraces”.

El conjunto de repertorios hace de la violencia un *recurso*—diferencial y diferenciante—según los actores. La violencia se sedimenta de formas diferentes según los sujetos, según las trayectorias y el conjunto de relaciones sociales que hacen a los sujetos ser y comportarse como tales. Estas formas disímiles motivan que nuestros informantes algunas veces *usen* el “disfraz de barras” y otros, por el contrario, el “disfraz de padres”.

Las relaciones predominantes son distintas en ambos casos, y esto resulta de los tipos de relaciones que forman a los sujetos. El aguante es un recurso condicionado por las limitadas relaciones de los sujetos y por las formas en que estas se sedimentan en los actores.

Un joven que desde su niñez ha sido interiorizado en este tipo de relaciones sociales difícilmente pueda establecer otros criterios relacionales que no parezcan, ante sus ojos, carentes de hombría y faltos de aguante. Aquellos actores que tienen más repertorios, como resultado de estar insertos en diversos mundos sociales, poseen otros recursos y más capacidades para manipular sus acciones distintivas.

La exhibición del recurso emerge como requisito para ser parte de un mundo de pares. El aguante es el concepto nodal que organizó el mundo de las violencias desde los 80 hasta la actualidad. Pero algo está cambiando.

El ocaso del aguante

El aguante y las barras gozaron de una sólida legitimidad desde la década de 1980. Una legitimidad extraña y compleja que condenaba por una parte la violencia y ensalzaba, y por otra, dimensiones del aguante. La *era del aguante* legitimó prácticas violentas y a sus actores. Esta legitimidad entró en crisis en los últimos años⁷.

En 1994, la barra de Boca asesinó a dos hinchas de River en una emboscada. Por ese asesinato ocho miembros de la cúpula de *La 12*, dirigida entonces por José Baritta, conocido como el Abuelo, fueron condenados y apresados. El Abuelo terminó su vida en prisión por asociación ilícita y extorsión. Pero la legitimidad del asesinato superaba ampliamente las fronteras de la barra.

Ese día un espectador, que no era de *La 12*, pero que legitimaba la lógica del aguante dijo ante las cámaras de la televisión una sentencia que se repitió mucho. El muchacho entre risas gritó que el partido había empatado dos a dos, proponía que la derrota en el campo de juego se igualaba por la muerte de los dos hinchas. Un tipo de sentencias que ahora es más ilegítima que entonces. Aun irrumpen, pero sin la legitimidad de antaño.

Otro ejemplo: las veces, las numerosas veces, que los espectadores silban y repudian las prácticas de las barras. Además, el tratamiento conferido por los medios de comunicación respecto a la legitimación de la violencia en el fútbol evidencia notables incoherencias⁸. De diferentes maneras algunos profesionales validaron manifestaciones violentas entendiendo que eran parte del "folklore" del fútbol. Normalizaron miradas masculinas y xenófobas. Dos a modo de prueba.

⁷ Algunas de las nociones aquí desarrolladas han sido trabajadas con otra profundidad en un trabajo escrito con Diego Murzi y Sebastián Rosa (Garriga, Murzi y Rosa, 2020) y en otro trabajo escrito con Diego Murzi y Nicolás Cabrera (Cabrera, Garriga y Murzi, 2108)

⁸ Es posible profundizar el rol de los medios de comunicación con las violencias en el fútbol analizando los trabajos de Javier Szlifman (2010) y Pablo Alabarces (2014).

- En el 2018, el diario deportivo *Olé* después de haberse jugado un partido amistoso entre las selecciones de Argentina y Brasil tituló en tapa: "A los golpes se hacen los hombres". El desatino de asociar hombría con violencia se ajusta a una serie recurrente.
- El programa televisivo emitido por la señal de cable Tyc Sport: *El aguante* mostró claramente la confusión entre folklore y violencia. El programa desde su nombre ponía en escena algunos valores de las barras, sus masculinidades y violencias.

Estas formas recurrentes gradualmente se modificaron a partir de 2014 con las sostenidas discusiones feministas.

Al mismo tiempo y por razones equivocadas algunos profesionales de los medios de comunicación colaboraron con la deslegitimación de las barras. A partir de la década de 1990 numerosos informes periodísticos informaban de los negocios de las barras, de sus cuantiosas ganancias, y atribuían con bastante éxito la imagen de mercenarios a los barras. Esta imagen desde el 2015 hasta aquí se articuló con la concepción de las barras como mafias. Estas nociones abordan una arista del problema de la violencia, la vinculada a los recursos materiales que se insertan en las relaciones de intercambio, pero olvidan las formas de prestigio y respeto que rodea a las barras junto a la cuestión del entretenimiento.

Se trata de una visión sesgada y parcial ante un problema mucho más complejo. Sin embargo, la insistencia de esta imagen dinamitó la legitimidad que gozaba la barra entre muchos espectadores que ataño validaban su accionar.

Si bien una mayoría de los espectadores del mundo del fútbol también entendían que la barra disputaba en sus peleas el honor del club y por ello la apoyaban. Cuando los informes periodísticos llamaron la atención sobre la faceta material del aguante, muchos hinchas empezaron a verlas con desconfianza. Se horadó con éxito la imagen

del honor aguantador. Por ello, si bien aún mantienen su fascinación se encuentran más deslegitimadas. A modo de ejemplo, recordamos que en la década de 1990 los espectadores festejaban el ingreso de las barras a los estadios con aplausos que alentaban el aguante de los aguantadores. El hecho de que no suceda o no tenga la fortaleza de antes exhibe una grieta en la legitimidad.

La legitimidad de la barra se sustentaba, también, en sus redes de reciprocidades económico-políticas. Redes invisibles pero existentes. Contactos con políticos y dirigentes que aun opacos y opacados validaban el accionar de las barras. La visibilidad que antaño tenían estos vínculos—a modo de ejemplo, asados compartidos entre “barras” y dirigentes—fue velándose cada vez más. Los dirigentes de los clubes siguen manteniendo relaciones con las barras, pero diferentes a las anteriores. El perfil de los clubes y sus dirigencias cambió: antaño la mayor parte de los dirigentes de los clubes provenían del mundo de la política o del sindicalismo—como Luis Barrionuevo, del gremio de los Gastronómicos, en Chacarita. En la actualidad, los dirigentes sindicalistas y/o políticos fueron desplazados por los empresarios que guardan menos vínculos con las barras. Que sí mantenían, los políticos y los sindicalistas. Y el aguante como una moneda de intercambio también gradualmente se modificó. Los grupos de aguante que necesitan los políticos y sindicalistas queda a cargo de actores profesionales de la seguridad.

Paulatinamente la legitimidad del aguante se resquebraja con el cambio de los públicos de los estadios. Ya dijimos que muchos espectadores legitimaban con sus canciones las formas aguantadoras. En ese mismo camino—modificación de los umbrales de tolerancia para con la violencia—advertimos un lento pero sostenido proceso de modificación del perfil del público en los estadios. El incesante encarecimiento de las entradas produce un paulatino proceso de gentrificación del fútbol. Este proceso no aleja a las barras pero renueva

el perfil de los espectadores que suman actores predispuestos a deslegitimar al aguante.

La prohibición de los visitantes

Desde el 2007 en el fútbol del ascenso y desde el 2013, en la primera división está prohibido en la Argentina el ingreso de público visitante⁹. La normativa se presentó como una medida coyuntural pero aún persiste y no parece que haya forma de revertirla. Bien visto, resulta una medida a medias, ya que el público visitante continúa permitido en la Copa Argentina y en algunos partidos de torneos internacionales.

La justificación de estas medidas se basó en resonantes hechos de violencia.

En el 2007 luego de un partido entre Chicago y Tigre, un espectador de este último club: Marcelo Cejas fue asesinado. Su muerte nunca se aclaró, pero los incidentes ocurridos dentro y fuera del estadio se exhibieron profusamente por los medios de comunicación. Como resultado de estos hechos el Comité Provincial de Seguridad Deportiva (CoProSeDe) decidió la prohibición del ingreso del público visitante para todas las categorías en el territorio de su jurisprudencia y la prohibición de venta de entradas a los no socios.

La Asociación de Fútbol Argentino (AFA) tomó la misma medida presentada como transitoria. El 10 de junio del 2013 en un estadio de la ciudad de La Plata, Javier Pérez un espectador del Club Lanús murió luego de recibir el disparo policial de una bala de goma, que usualmente no letal pero mortífera a corta distancia. Esa muerte encadenada a numerosos incidentes promovió la prohibición de asistencia del público visitante para la primera división del fútbol argentino. Una medida paradójica porque la prohibición del hincha visitante resulta de un asesinato policial y su implementación orientó la

⁹ Para ampliar el análisis de este proceso ver Sebastián Rosa (2017) y Diego Murzi (2019).

muerte en otras direcciones, pero no la expulsó de los estadios.

La prohibición del hincha visitante modificó las relaciones entre barras. Las relaciones antaño vedadas para que la barra asista de visitante se hicieron imprescindibles. Las barras siempre tuvieron "amistades" pero la lógica del aguante impedía que se visibilicen y multipliquen. La invisibilidad era la norma. Antes cantaban "amistades hacen los putos" y ocultaban sus relaciones con otras barras. Con la prohibición del hincha visitante estas relaciones siguieron siendo invisibles, pero se multiplicaron. Nacieron nuevas amistades como estrategia para habilitar la asistencia a los partidos prohibidos. Así la barra sigue presente y genera un plus que los diferencia del resto de los espectadores¹⁰.

Sin público visitante la alteridad ante quien medir el aguante son los miembros de la propia barra. La prohibición del hincha visitante se justificaba en que la ausencia de espectadores de los equipos rivales desactivaría la conflictividad y, sin embargo, no aconteció así al menos no totalmente. De un tiempo a esta parte se magnificaron las luchas intestinas. Las disputas por el poder, el reconocimiento y la distribución de los recursos se transformaron en cruentas batallas internas que siempre existieron.

Recordamos la llamada "La Batalla de los Quinchos". En febrero del 2007 jugaban River contra Lanús en el Estadio Monumental. Antes del partido en la zona de los quinchos dos grupos antagónicos de Los Borrachos del Tablón se pelearon a golpes de puño. La pelea fue filmada y viralizada. Se ven corridas, escenas de pugilato y mucho desconcierto. La pelea entre las facciones que era parte de la lucha por el dominio de la barra terminó con la trágica muerte de Gonzalo Acro.

Este tipo de disputas siempre existieron y con más frecuencia en las barras de abundantes los recursos. Ahora, la ausencia de un rival

¹⁰ Ver Nicolás Cabrera (2019).

potencia las luchas intestinas en todas las barras. Mientras las formas de ascender en la jerarquía impliquen demostrar el aguante, no habrá chances de aplacar las violencias que ahora toman otra orientación.

Paradójicamente, la medida más importante tomada por el Estado en la última década en pos de bajar los índices de violencia en los estadios, colabora a vigorizar y solidificar la posición de las barras. La prohibición del público visitante no impide que la barra despliegue en cada partido elementos de la dimensión de la *lógica del aguante* para confrontar con ese rival. La protección del territorio, de las banderas, el honor, entre otras cosas, eran activos que se resguardaban a través del uso de la violencia. Las barras construían su reputación en esas confrontaciones. Con la prohibición del público visitante y la ausencia de las barras rivales del espacio del estadio se elimina la necesidad de reafirmación permanente de posesión de aguante. La lógica del *aguante* se transforma: la competencia aguantadora quedó relegada ante los negocios y la fiesta.

El análisis de este desplazamiento admite dos formas disimiles, aunque complementarias. Por un lado, el aguante como capacidad de las barras es un repertorio capitalizado y, por tanto, pueden no exhibirlo ya que nadie duda de su posesión. Por otro, la centralidad de la *lógica del aguante* pierde protagonismo ante el crecimiento de otros repertorios que iluminan la multiplicidad de caras de la barra. La producción de festividad y carnaval, la obtención de recursos, la capacidad para dirimir conflictos sin violencia y los contactos con los resortes del poder son recursos cada vez más relevantes. La relevancia de estos recursos antes secundarios conlleva a la invisibilidad de la violencia.

Por todo lo expuesto, afirmamos que la invisibilidad de la violencia es un fuerte cimbronazo para con la *lógica del aguante*¹¹.

¹¹ Ver Cabrera, Garriga y Murzi (2018) y Cabrera (2019).

La opacidad visible de antaño

Una de las particularidades de estos últimos años radica en la disminución de hechos violentos en los estadios. Desde el 2012 hasta la actualidad disminuyó la violencia visible; no desapareció, ni mucho menos, pero se volvió opaca. Las peleas ya no eligen a los estadios y a los partidos como principal escenario. Ahora las riñas se desenvuelven en otros espacios: bares, plazas, bailes, recitales, barrios o clubes escenifican postales donde se mata y se muere en nombre de la pasión. Y no necesariamente durante los días de partido.

Los estadios y los partidos han sido descentrados como ring predilecto. En la *era del aguante* la violencia debía exhibirse, mostrarse. El aguante para ser capitalizado debía ser exhibido: había que mostrarlo. Ahora las violencias se ocultan.

La efectiva persecución judicial del aguante fue una de las causas de este desplazamiento. En los últimos años, en la provincia de Buenos Aires más que en otros espacios, los protagonistas de hechos violentos, las cúpulas de las barras y los jefes más destacados fueron enjuiciados y encarcelados. No se trata sólo de la efectividad de la justicia, sino también de la modificación del mundo de las relaciones sociales.

La impunidad que antes gozaba el aguante mutó. Este cambio tiene varias razones: los dispositivos tecnológicos han publicitado cada vez más las formas de la violencia. Antaño el aguante se mostraba en los estadios para capitalizar el respeto ante dirigentes y espectadores. Ahora, la exhibición del aguante se registra por múltiples dispositivos tecnológicos y estas imágenes se viralizan. El aguante debe ser exhibido, pero no espectacularizado. Por ello, las formas de las violencias aguantadoras desaparecen de los primeros planos.

Estas modificaciones se deben entre otras causas a la tecnologización de la seguridad en los estadios. Hoy los principales estadios del país

combinan cámaras fijas y panópticas. Además, cualquier incidente es registrado por numerosos celulares y viralizado en las redes sociales. En ambos casos se genera un contexto de potencial exhibición que disuade la violencia. Si antes la violencia era pasible de verse como un espectáculo ahora está fuera de escena.

La modificación de los vínculos con el mundo de la política, mucho menos fluidos ahora, dosifica la impunidad antes conseguida por los "contactos". Los dirigentes políticos y los dirigentes de los clubes tienen en los últimos años un perfil más alejado del líder territorial y construyen su poderío a través de la exhibición en los medios de comunicación y de sus poderosas empresas.

Cambia, todo cambia

Las lógicas de funcionamiento de las barras fueron mutando en los últimos diez años. Dos de estas mutaciones presagian el fin de una era.

Primero. En el 2009, barras de varios clubes argentinos crearon una organización no gubernamental: Hinchadas Unidas Argentina (HUA). Aquella organización significó un acuerdo explícito entre la mayoría de las barras argentinas para unirse bajo un paragua común. Buena parte de la prensa, como de costumbre, simplificó la movida a un mero oportunismo económico—viajar al Mundial de fútbol masculino de Sudáfrica 2010—o político—el aparato peronista/kirchnerista y sus relaciones clientelares—sin comprender que la gestación de un pacto de significativas consecuencias. Entre otras cosas, las propias barras se comprometían a mantener la paz y la seguridad dentro de los estadios (no robar, no pelear). Lo que pasara afuera de ellos no correspondía a su incumbencia. Sin embargo, la experiencia terminó con la trágica muerte de un hincha, Luis Forlenza fruto de una discusión interna.

En el 2014, en otro contexto mundialista, no tuvo éxito el intento de revitalizar la iniciativa.

Más allá de las alianzas inestables la trama de rivalidades violentas se modificó y, por ende, las lógicas de interacción también. Una vez más la lógica del aguante se suspendía, los rivales ya no eran otros ante los que se debía testificar su hombría de forma violenta. Las otras barras eran socios, eran parte de un gremio.

Segundo. En los últimos diez años muchas barras se volcaron a la búsqueda de recursos materiales. No todas las barras ni todas de la misma forma devinieron hacia las relaciones donde priman los intercambios de bienes. La barra se muestra cada vez más como una aceitada máquina de hacer dinero.

En un trabajo que escribimos con Murzi y Cabrera (2018) polemizamos con los investigadores que sostienen que las *barras* se organizan a partir de la búsqueda de recursos (Sain y Rodríguez Games, 2014; D'Angelo, 2011). Señalábamos ahí que los recursos materiales buscados y encontrados por las barras no son la particularidad que los define. Sain y Rodríguez Games sostienen que "las barras bravas constituyen organizaciones criminales que, bajo la fachada de simpatizar con determinado club de fútbol y de "seguir al equipo a todas partes en las buenas y en las malas", poseen una *capacidad extractiva* en torno a los negocios legales e ilegales que generan los espectáculos futbolísticos, y en ese marco, a su vez han generado destrezas—generalmente asociadas con el uso de la fuerza y la comisión de delitos—para brindar bienes y servicios a otros actores que integran el escenario descrito (dirigentes, políticos, periodistas, espectadores, turistas, otras organizaciones) (2014: 236)". Nuestra discrepancia: las barras son organizaciones que están ávidos de recursos y estos recursos los consiguen en las interacciones con otros actores sociales. Resulta erróneo la consideración respecto a los deseos de pertenencia pasan sólo por esta dimensión y olvidar el prestigio, la reputación y el goce de la violencia. Ahora bien, en algunas barras, no en todas ni nunca de la misma manera, la búsqueda de recursos

materiales se convirtió en el resorte principal de su acción. Así, algunas *barras* son—en relación con la policía y con la dirigencia de los clubes—aceitados engranajes de un mercado ilegal.

Aquí la violencia como un recurso queda opacada. Se necesita en su potencialidad, pero no es conveniente que sea visible para los negocios. El funcionamiento de los mercados, sean formales, informales e incluso ilegales, no es funcional para la existencia permanente de violencia a su alrededor. Para que un mercado funcione necesita que reine un orden. Y la barra garantiza orden. Un orden paralelo, alternativo, clandestino, pero un orden al fin. La regulación de la violencia asegura el orden que necesita el mercado. Cuando la violencia está regulada de esta manera las lógicas del aguante se modifican (Cabrera, Garriga y Murzi, 2018).

Mutaciones en la sociedad

Durante las últimas décadas en la Argentina se modificaron, las fronteras de la definición de violencia con un cuantioso aumento de lo incluido dentro de estos límites. En consecuencia, una mutación de la tolerancia social: los que antes era aceptado dejó de serlo y así, se deslegitimaron numerosas acciones, discursos y gestos. Desde el acoso sexual, a las burlas en los colegios, pasando por las múltiples maneras de la violencia de género se inició un inexorable proceso de deslegitimación.

La inflación de las violencias resulta de una mutación en la percepción social de lo legítimo. Nuevos Actores, con posiciones políticas y perspectivas éticas disímiles, luchan por definir prácticas y representaciones que antaño estaban normalizadas. Una lucha desigual atada a las dinámicas del poder. El Estado que años atrás era un actor de suma relevancia en la definición de estos límites, paulatinamente perdió protagonismo.

El concepto de violencia institucional constituye un claro ejemplo de la mutación de estas fronteras. La conjunción de estos términos—violencia e institución—fue efectiva para construir una nueva sensibilidad sobre prácticas policiales interpretadas como “naturales” y/o “excepcionales”. Esta sensibilidad desnudó las lógicas de la recurrencia y transformó lo legítimo en ilegítimo. Algunas violencias policiales, por ejemplo, toleradas dada su legitimidad por los víctimas y defendidas por su excepcionalidad por los victimarios. Se modificaron—con efectividad relativa—los criterios de lo legítimo.

La inflación de las violencias señala la modificación de los límites de lo tolerable. Aparecen, se definen y se visibilizan formas de violencia que antes estaban ocultas o eran totalmente naturalizadas.

Esta mutación evidencia disputas y dinamismo de lo definido como violento y, además, permite el abordaje y la modificación del orden de lo legítimo. Asimismo, repercute en una de las tres facetas de la violencia entendida como recurso: el placer. Antes de esta inflación la violencia era un *recurso* válido vinculado al entretenimiento y el goce. Recordamos que la participación de la barra y sus prácticas aguantadoras era para muchos jóvenes un lugar privilegiado para el goce.

Por otro lado, en páginas anteriores sostuvimos que la barra ocupó los lugares vacíos dejados/abandonados por las instituciones formales en la sociedad pos salarial. Siguiendo a Kessler (2014) y su diagnóstico sobre la Argentina contemporánea comprendemos que en los últimos años existió un fortalecimiento del Estado en varias de sus dimensiones, un tenue recalentamiento del mundo del trabajo y una mejora—relativa—de los índices de calidad de vida. Sin embargo, las barras no redujeron su eficacia para convocar e interpelar identitariamente. ¿Qué pasó? Seguramente existe una autonomía relativa que impide pensar en relaciones deterministas y que exige una mayor comprensión de los universos internos de las barras. Estas crecieron, en número, recursos y

nivel de penetración en otras esferas de la vida social, durante la última dictadura, en la reapertura democrática, en pleno neoliberalismo y durante todo el período de la post-convertibilidad, una continuidad en un mundo cambiante. Asimismo, en la vida social argentina el fútbol nunca perdió centralidad en tanto principio estructurador de la sociabilidad; por el contrario, su peso económico, cultural, político y mediático estuvo en alza. Eso, por defecto, podría alimentar un paralelo crecimiento de las barras en tanto actor fundamental del ethos futbolístico nacional. Valga como ejemplo la eficacia del aporte de “la pasión”, “el color”, “la fiesta” y la “fidelidad” al imaginario mitológico del nuestro fútbol local.

Hasta aquí las barras siguen vigentes y su fortaleza es indudable. Sin embargo, el lento devenir de la sociedad pos salarial implica también el devenir de una sociedad cada vez más individualista. La subjetividad cocinada al calor de la sociedad pos salarial—se caracteriza por una fuerte impronta del individuo, de sus deseos, sus voluntades, sus méritos y su capacidad para realizarse con su esfuerzo. Por ello, el sujeto pos salarial desprecie de las participaciones colectivas, entiende que ellas van en contra de sus libertades individuales. Los procesos de individuación en las sociedades contemporáneas forman sujetos que se conciben más como individuos que como parte de un mundo relacional. La barra como todos los colectivos sociales contemporáneos será así mal interpretado para la lente de los nuevos sujetos sociales.

Conclusión: ¿El fin de las barras? ¿El fin de las violencias?

La pregunta acaso sin respuesta que encabeza este artículo alerta sobre un cambio de época. La periodización, arbitraria, que hemos aquí desarrollado señala la era del aguante para el período comprendido entre 1980-2020, cuando primó—en relación con la violencia—el enfrentamiento entre barras y la búsqueda del aguante como bien simbólico. En esos años las barras y la legitimidad—siempre relativa—

del aguante edificaron una configuración de la violencia, su validez y naturalidad. Esta configuración se encuentra en etapa de mutación. Las barras si bien permanecen, no son lo mismo que antaño, y por ello la *era del aguante* también cambia. La *era del aguante* mutó por la modificación de los umbrales de tolerancia para con la violencia tanto en el fútbol como en la sociedad. La *era del aguante* tenía una legitimidad que superaba a las barras y que se fue deslegitimando. Queda pendiente si esta metamorfosis será su ocaso o sólo en un reordenamiento temporal. Se sabe que las barras no son los únicos actores con prácticas violentas en el mundo del fútbol por lo tanto la mutación de las barras y de la legitimidad de algunas formas de violencia, no será—lamentablemente—el fin de las violencias.

Referencias

Alabarces, P.: *Crónica del aguante. Fútbol, violencia y política*, Buenos Aires: Capital Intelectual, 2004.

Álvarez, S.: *Leviatán y sus lobos. Violencia y poder en una comunidad de los Andes colombianos*, Buenos Aires: Antropofagia, 2004.

Archetti, E.: "¿Calcio: un ritual di violencia?", en: Ianfranchi, P. (ed.): *// calcio e il suo pubblico*, Napoli: Edizioni Scientifiche Italiane, 1992.

Archetti, E.: *Masculinidades. Fútbol, tango y polo en la Argentina*, Buenos Aires: Antropofagia, 2003.

Armstrong, G.: *Football Hooligans*, New York: Berg, 1999.

Cabrera, N.: *Que la cuenten como quieran una etnografía del devenir barra*. Tesis doctoral Universidad Nacional de Córdoba, Argentina, 2019.

Cabrera, N., Garriga Zucal, J. y Murzi, D.: "¿El ocaso del aguante? Reinterpretando la violencia en el fútbol argentino", *Revista de Ciencias Sociales*, 27(40), 2018.

Castel, R.: *La inseguridad social: ¿qué es estar protegido?*, Buenos Aires: Manantial, 2004.

D'Angelo, N.: "La nueva conflictividad de las barras bravas en Argentina: una lectura a la luz de la teoría de redes", *Revista de investigación social*, VIII(13), 2011, 55-75.

Dunning, E.: "Reflexiones sociológicas sobre el deporte, la violencia y la civilización", en: AA.VV.: *Materiales de sociología del deporte*, Madrid: Ediciones de la Piqueta, 1994.

Elias, N. y Dunning, E.: *Deporte y ocio en el proceso de civilización*, México: FCE, 1996.

Elias, N.: "Civilización y violencia", en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 65, 1994, 141-152.

Garriga Zucal, J., Murzi, D. y Rosa, S.: "El triple pacto. Del gobierno de la seguridad a la regulación de la violencia en el fútbol argentino", en: Garriga Zucal, J. y Panizo, L. (comp.): *Sufrir, Matar y Morir. Contribuciones a la socio-antropología de las violencias y las muertes*, Buenos Aires: Teseo, 2020.

Garriga Zucal, J. y Noel, G.: "Notas para una definición antropológica de la violencia: un debate en curso", *Publicar en Antropología y en Ciencias Sociales*, IX, 2010, 97-121.

Garriga Zucal, J.: *Haciendo amigos a las piñas. Violencia y redes sociales de una hinchada de fútbol*, Buenos Aires: Prometeo, 2007.

Garriga Zucal, J.: *El inadmisable encanto de la violencia: policías y "barras" en una comparación antropológica*, Buenos Aires: Cazador, 2016.

Gil, G.: *Fútbol e identidades locales. Dilemas de fundación y conflictos latentes de una ciudad "feliz"*, Buenos Aires: Miño y Dávila, 2002.

Giulianotti, R.: *Football. A Sociology of the Global Game*, Cambridge: Polity Press, 1999.

Isla, A. y Míguez, D.: *Heridas Urbanas. Violencia delictiva y transformaciones sociales en los noventa*, Buenos Aires: Editorial de las Ciencias, 2003.

Kessler, G.: *Sociología del delito amateur*, Buenos Aires: Paidós, 2004.

Kessler, G.: *Controversias sobre la desigualdad. Argentina, 2003-2013*, Buenos Aires: FCE, 2014.

Lahire, B.: *El hombre plural. Los resortes de la acción*, Barcelona: Belaterra, 2004.

Moreira, M. V.: "Trofeos de guerra y hombres de honor", en: Alabarces, P. (ed.): *Hinchadas*, Buenos Aires: Prometeo, 2005.

Murzi, D.: *Fútbol, violencia y Estado. Un estudio sobre las políticas públicas de seguridad deportiva en Argentina (2006-2017)*. Tesis doctoral Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, Argentina, 2019.

Riches, D.: *El fenómeno de la violencia*, Madrid: Pirámide, 1988.

Rifiotis, T.: "Nos campos da violência: diferencia e positividade", *Antropologia em Primeira Mão*, 19, 1997, 1-18.

Romero, A.: *Muerte en la cancha, 1958-1985*, Buenos Aires: Nueva América, 1984.

Rosa, S.: *La década sin visitantes. Un análisis de los discursos sobre la prohibición del público visitante en el fútbol argentino*. Tesis de Licenciatura de Sociología en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata, Argentina, 2017.

Saín, M. y Rodríguez Games, N.: "Los actores y la seguridad en el fútbol. Una lectura desde Argentina", en: Carrión Mena, F. y Rodríguez, M. J. (eds.): *Luchas urbanas alrededor del fútbol*, Buenos Aires: Café de las Ciudades, 2014.

Segato, R.: *Las estructuras elementales de la violencia*, Buenos Aires: Prometeo, 2003.

Svampa, M.: *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*, Buenos Aires: Biblos, 2000.

Szlifman, J.: "La Fiesta que no fue. Un análisis sobre los medios de comunicación y la violencia en el fútbol argentino", *EFDeportes*, Buenos Aires, 2010.